

Opresión, silenciamiento y violencia hacia las mujeres desde Simone de Beauvoir y Mariana
Enríquez

Karen Xiomara Medina Reatiga

Trabajo de Grado para Optar por el Título de filósofa

Directora

Alicia Natali Chamorro Muñoz

Doctora en Filosofía

Universidad Industrial de Santander

Facultad de Ciencias Humanas

Escuela de Filosofía

Bucaramanga

2026

Dedicatoria

A mi hermana de mi corazón Iveth Medina Reatiga quien ha sido mi compañera leal, a quien dedicó principalmente mi trabajo de grado, ya que fue la que soportó cada momento de mi vida personal y académica. Me acompañó y me enseñó aquello que no lograba comprender, a quien me brindó apoyo cada vez que lo necesité y se esforzó como si todo aquello fuera suyo. Gracias por acompañar y sostener cada etapa de mi vida con un apoyo incondicional.

A mis padres, Marleny Reátiga y Evelio Medina quienes se esforzaron trabajando toda la vida para brindarme la oportunidad a mí, por cuidarme, por amarme y porque sin ellos nada de esto hubiera sido posible.

Y finalmente al amor de mi vida, Johan Ocampo Vargas, a quien conocí en el tercer semestre de mi carrera y quien ha sido un apoyo fundamental durante este proceso. Gracias por acompañarme con amor, paciencia y fortaleza, por creer en mí incluso en los momentos de duda e impulsarme a seguir adelante.

Agradecimientos

Principalmente a Dios y la Virgen María por su presencia constante en mi vida, por darme la fortaleza necesaria para continuar cuando el cansancio y el miedo parecían más fuertes que la voluntad.

A la Universidad Industrial de Santander, por haber sido el espacio en el que se hizo posible este proceso de formación académica y personal, por brindarme la oportunidad de crecer y conocer una perspectiva diferente de la vida, por ayudarme a crear recuerdos únicos y por ser un verdadero hogar de conocimiento durante mi formación académica.

A mi directora de tesis, por su acompañamiento, su disposición y sus aportes a lo largo de este trabajo, que fueron fundamentales para orientar y enriquecer la investigación.

A mi mejor amiga, Laura Afanador, mi compañera de universidad, quien estuvo presente desde el primer día que ingresé a la universidad y me brindó su amistad sincera a lo largo de estos cuatro años.

Y a todos los animalitos que han hecho y siguen haciendo parte de mi vida, Bigotes, Hachiko, Mangow, Spike y Mani gracias por ese amor tan puro que solo ustedes saben dar.

Tabla de Contenido

Introducción	8
1.Estructuras de subordinación en El segundo sexo: opresión, silenciamiento y violencia	11
1.1 La opresión.....	14
1.1.1 La biología como forma de opresión a la mujer	15
1.1.2 La opresión a la mujer desde el psicoanálisis	17
1.1.3 Opresión y materialismo histórico	19
1.2 Silenciamiento.....	21
1.2.1 La infancia como origen del silenciamiento	22
1.2.2 La construcción del silencio en la juventud femenina	23
1.2.3 El silencio en el matrimonio	26
1.3 Violencia Patriarcal.....	27
1.3.1 Maternidad y violencia patriarcal	28
1.3.2 La violencia desde el inicio de la sexualidad.....	29
1.3.3 La violencia desde la mirada de la prostituta.....	31
2. Entre el miedo y la opresión: representaciones de la violencia patriarcal en Las cosas que perdimos en el fuego	34
2.1 Literatura de terror latinoamericano en Mariana Enriquez.....	35
2.2Atrapada en la red	37
2.2.1 Opresión.....	39

OPRESIÓN, SILENCIAMIENTO Y VIOLENCIA HACIA LAS MUJERES	5
2.2.2 Silenciamiento.....	41
2.2.3 Violencia Patriarcal.....	43
2.3 El cuerpo como territorio de resistencia	46
2.3.1 Opresión: Entre la herida y la resistencia	48
2.3.2 Entre resistencia y sacrificio	54
3. Conclusiones	57
Referencias Bibliográficas	59

Resumen

Título: Opresión, silenciamiento y violencia hacia las mujeres desde Simone de Beauvoir y Mariana Enríquez.

Autor: Karen Xiomara Medina Reatiga

Palabras Clave: Silenciamiento, opresión, violencia simbólica, mujer.

Descripción: La presente investigación tiene como propósito analizar las representaciones de la opresión, el silenciamiento y la violencia hacia las mujeres a partir de un diálogo entre la obra *El segundo sexo* de Simone de Beauvoir y los relatos del libro *Las cosas que perdimos en el fuego* de Mariana Enríquez. Este trabajo propone una lectura crítica que articula teoría y narrativa para comprender cómo se configuran y reproducen formas de subordinación femenina en contextos contemporáneos.

Desde el marco teórico de Simone de Beauvoir, se parte de la idea de que la condición de la mujer no responde a un destino biológico, sino a una construcción histórica y cultural que la sitúa en una posición de subordinación. En este sentido, la investigación aborda tres ejes principales: la opresión, el silenciamiento y la violencia, entendidos como dimensiones interrelacionadas que se manifiestan tanto en estructuras sociales como en experiencias cotidianas. Estos conceptos se ponen en diálogo con los cuentos de *Las cosas que perdimos en el fuego*, en los cuales Mariana Enríquez visibiliza distintas formas de violencia que atraviesan la vida de las mujeres. A través del análisis de relatos se examinan dinámicas de poder, relaciones de control y experiencias de vulnerabilidad, evidenciando cómo estas problemáticas no operan de manera aislada, sino dentro de un entramado de relaciones sociales que las sostienen

* Trabajo de Grado.

** Facultad de Ciencias Humanas. Escuela de Filosofía. Director/a: Alicia Nataly Chamorro Muñoz. Doctora en Filosofía.

Abstract

Title: Oppression, silencing and violence against women from Simone de Beauvoir and Mariana Enríquez

Author: Karen Medina Reatiga

Key Words: Silencing, oppression, symbolic violence, woman.

Description: This research aims to analyze the representations of oppression, silencing, and violence against women through a dialogue between Simone de Beauvoir's novel **The Second Sex** and the stories in Mariana Enríquez's book **Things We Lost in the Fire**. This work proposes a critical reading that articulates theory and narrative to understand how forms of female subordination are configured and reproduced in contemporary contexts.

From Simone de Beauvoir's theoretical framework, the starting point is the idea that the condition of women is not a biological destiny, but rather a historical and cultural construct that places them in a subordinate position. In this sense, the research addresses three main axes: oppression, silencing, and violence, understood as interrelated dimensions that manifest themselves both in social structures and in everyday experiences. These concepts are placed in dialogue with the stories in **Things We Lost in the Fire**, in which Mariana Enríquez makes visible different forms of violence that permeate women's lives. Through the analysis of narratives, power dynamics, control relationships, and experiences of vulnerability are examined, revealing how these problems do not operate in isolation, but within a network of social relations that sustain them.

* Degree Work

** Faculty of Human Sciences. School of Philosophy. Director/a: Alicia Nataly Chamorro Muñoz. PhD in Philosophy.

Introducción

El presente trabajo de grado, desarrollado en modalidad de investigación monográfica de pregrado, tiene como propósito analizar las representaciones de la opresión, el silenciamiento y la violencia hacia las mujeres a partir del diálogo entre la obra *El segundo sexo* de Simone de Beauvoir y los relatos *Tela de araña* y *Las cosas que perdimos en el fuego* de Mariana Enríquez. Este estudio se inscribe dentro del campo de la filosofía, específicamente en la reflexión sobre las estructuras de dominación de género y sus manifestaciones en distintos ámbitos del pensamiento y la cultura.

La investigación se orienta por la siguiente pregunta: ¿De qué manera la obra *El segundo sexo* de Simone de Beauvoir representa filosóficamente la opresión, el silenciamiento y la violencia hacia las mujeres, y cómo estas categorías se reflejan en los relatos seleccionados de *Las cosas que perdimos en el fuego* de Mariana Enríquez? A partir de este interrogante, se busca comprender no solo la formulación teórica de estas categorías, sino también su manifestación en experiencias concretas representadas en la literatura contemporánea.

El planteamiento del problema parte del reconocimiento de que, a pesar de los avances en materia de derechos y visibilidad de las mujeres, las formas de opresión, silenciamiento y violencia patriarcal continúan presentes en la sociedad actual. Estas dinámicas no se limitan a hechos aislados, sino que responden a estructuras profundas que organizan las relaciones de poder y configuran la manera en que las mujeres son percibidas y tratadas. En este contexto, resulta pertinente analizar cómo estas problemáticas han sido abordadas desde la filosofía y cómo se representan en otras formas de producción cultural, como la literatura.

En cuanto a los referentes teóricos, la obra *El segundo sexo* constituye uno de los referentes fundamentales dentro del pensamiento feminista, al proponer una crítica profunda a las formas en

que la mujer ha sido construida históricamente como “lo Otro”. Por otro lado, en el ámbito literario, la obra de Mariana Enríquez ha sido objeto de múltiples análisis que destacan su capacidad para representar problemáticas sociales contemporáneas a través del género del horror. Estos referentes permiten situar la presente investigación en un campo de reflexión en el que convergen la filosofía y la literatura como herramientas para comprender las dinámicas de dominación.

La justificación de este trabajo radica en la necesidad de seguir problematizando las formas en que la subordinación femenina se construye y se mantiene en la actualidad. Desde una perspectiva filosófica, resulta fundamental revisar y actualizar los planteamientos de autoras como Simone de Beauvoir, cuya obra sigue siendo clave para comprender las bases estructurales de la desigualdad de género. Asimismo, el análisis de la narrativa contemporánea permite evidenciar cómo estas estructuras persisten y se manifiestan en contextos que afectan la vida cotidiana de las mujeres. De este modo, este trabajo contribuye a la reflexión filosófica al articular el análisis teórico con la representación literaria.

La importancia de esta investigación para la filosofía radica en su capacidad para establecer un diálogo entre el pensamiento filosófico y la literatura, mostrando cómo ambas disciplinas pueden complementarse en el análisis de fenómenos sociales complejos. En este sentido, la resolución del problema de investigación permite evidenciar la vigencia de las categorías propuestas por Beauvoir y su relevancia para interpretar realidades contemporáneas, lo que aporta a la reflexión crítica sobre las estructuras de poder que atraviesan la vida de las mujeres.

En cuanto a la metodología, este trabajo se desarrolla bajo un enfoque de investigación documental o bibliográfica. Se basa en el análisis de textos filosóficos y literarios, así como en el apoyo de fuentes secundarias que permiten contextualizar y profundizar en las problemáticas abordadas. A partir de este enfoque, se realiza una lectura crítica e interpretativa de las obras

seleccionadas, con el fin de identificar las formas en que se configuran las categorías de opresión, silenciamiento y violencia patriarcal.

El trabajo se estructura en dos capítulos principales. En el primero, se analizan las estructuras de subordinación presentes en *El segundo sexo*, abordando de manera específica las categorías de opresión, silenciamiento y violencia patriarcal desde una perspectiva filosófica. En el segundo capítulo, se examinan estas mismas categorías en los cuentos *Tela de araña* y *Las cosas que perdimos en el fuego*, con el propósito de identificar cómo se representan en la narrativa y cómo se articulan con las propuestas teóricas de Beauvoir. De este modo, cada capítulo desarrolla una dimensión del problema de investigación, permitiendo establecer un diálogo entre ambos enfoques.

Finalmente, se deja constancia de que se utilizó inteligencia artificial, específicamente ChatGPT, únicamente como herramienta de apoyo para la revisión ortográfica y gramatical. En ningún caso se empleó para la generación de contenido teórico, analítico o interpretativo, garantizando así la autoría del presente trabajo.

De este modo, la presente investigación busca aportar a la comprensión de las formas en que la opresión, el silenciamiento y la violencia patriarcal se configuran y se manifiestan en distintos niveles, evidenciando la necesidad de continuar reflexionando críticamente sobre estas problemáticas dentro del campo filosófico y más allá de él.

1. Estructuras de subordinación en *El segundo sexo*: opresión, silenciamiento y violencia

Este capítulo tiene como propósito analizar cómo se configuran la opresión, el silenciamiento y la violencia patriarcal en *El segundo sexo* de Simone de Beauvoir (2015), con el fin de comprender de qué manera estas formas de dominación determinan cómo debe ser una mujer y cómo sostienen su subordinación. La pregunta que orienta este análisis es ¿De qué manera estas formas de dominación se articulan dentro del planteamiento filosófico de la autora? y ¿Qué papel cumplen en la construcción de la mujer como lo Otro?, Para responder a estas cuestiones, el capítulo se organiza en tres apartados principales que son: opresión, silenciamiento y violencia patriarcal, cada uno de los cuales se subdivide en secciones específicas. En el primero, se examina la opresión siguiendo la estructura de la obra, la cual la aborda a partir de tres enfoques: la biología, el psicoanálisis y el materialismo histórico. En el segundo, se aborda el silenciamiento mediante el análisis de la infancia, la joven y la mujer casada, en espacios donde se fortalece el rol impuesto a la mujer. Finalmente, en el tercero, se analiza la violencia patriarcal a través de la madre, el inicio sexual, y la figura de la prostituta, con el propósito de mostrar cómo estas manifestaciones afectan en la vida de las mujeres.

En el marco de esta problemática, Beauvoir señala que la subordinación de la mujer no se limita a una desigualdad social, sino que se desarrolla en una estructura simbólica. Según la autora, el hombre es asumido como medida de lo humano, como sujeto que representa lo universal, mientras que la mujer es definida solo en relación con él. Beauvoir (2015) afirma:

El hombre representa al mismo tiempo el positivo y el neutro, hasta el punto que se dice «los hombres» para designar a los seres humanos, pues el singular de la palabra vir se ha

asimilado al sentido general de la palabra homo. La mujer aparece como el negativo, de modo que toda determinación se le imputa como una limitación, sin reciprocidad. (p. 49).

Esta formulación permite comprender que la opresión se extiende al plano estructural, donde lo femenino queda reducido a la dependencia. Por ello el hombre se define como sujeto esencial y posiciona a la mujer como *lo otro*. En consecuencia, las experiencias y modos de existir asociados a las mujeres no son reconocidos como expresión plena de lo humano, sino como formas derivadas de un modelo masculino establecido como norma. En distintas partes del mundo, los datos contemporáneos muestran que la desigualdad de género no se limita solo a una construcción histórica o filosófica, sino que continúa manifestándose de manera persistente y verificable en la realidad donde las mujeres habitan y en su entorno social.¹

Estas desigualdades se manifiestan también en ámbitos donde se establecen expectativas sobre las capacidades y las aspiraciones de las mujeres. Así, la subordinación opera no solo mediante restricciones explícitas, sino a través de criterios aparentemente objetivos que delimitan los roles y formas de autoridad socialmente legítimos.

Simone de Beauvoir profundiza en la manera en que la diferencia sexual ha sido utilizada como fundamento para justificar la subordinación a las mujeres. La autora cuestiona la tendencia que hay al querer reducir a la mujer a su dimensión biológica, como si su anatomía determinará de manera directa su capacidad intelectual, moral o social. En este sentido afirma: “La mujer tiene ovarios, útero; son condiciones singulares que la encierran en su subjetividad; se suele decir que piensa con las glándulas. El hombre olvida olímpicamente que su anatomía también incluye

¹ Según las Naciones Unidas, *Declaración y Plataforma de Acción de Beijing* (1995). Treinta años después de su adopción, los informes del sistema de Naciones Unidas señalan que el avance hacia la igualdad sustantiva continúa siendo desigual y limitado: menos de la mitad de las mujeres en edad de trabajar participan en el mercado laboral y persisten brechas significativas en el acceso al poder y a la toma de decisiones en distintos ámbitos sociales y políticos (ONU Mujeres, 2020).

hormonas, testículos” (Beauvoir, 2015, p. 50). La autora no niega la diferencia que hay entre el cuerpo de los hombres y las mujeres, cuestiona el uso que se hace de ella. Cuando señala que a la mujer se le atribuye “pensar con las glándulas”, denuncia el modo que se da para interpretar sus capacidades como si solo fueran simples derivaciones directas de su anatomía; así, mientras el cuerpo femenino es presentado como límite o un tipo de condición el cuerpo masculino se invisibiliza y se asume como medida universal de lo humano.

Las desigualdades de género están planteadas en discursos como los que Beauvoir denuncia y también se traducen en formas de violencia física contra las mujeres. Según datos de ONU Mujeres y el sistema de las Naciones Unidas, aproximadamente 35 % de las mujeres de entre 15 y 49 años han experimentado violencia física o sexual por parte de una pareja o por otra persona a lo largo de su vida y cada 10 minutos, una mujer es asesinada por un familiar o pareja en diferentes regiones del mundo, lo que evidencia que la violencia de género es una pandemia social persistente más allá del ámbito individual. Tales cifras indican que la violencia patriarcal no opera solo como una situación puntual, sino como una configuración histórica de normas sociales y prácticas profundamente arraigadas, que reproducen la lógica del dominio sobre las mujeres, lo que Beauvoir describe como parte de la construcción de lo Otro.

En este sentido, la violencia comienza cuando se origina en la manera en que se define quién tiene valor y quién no. Por ello Beauvoir (2015) afirma:

Ningún sujeto se enuncia, de entrada y espontáneamente, como inesencial; lo Otro, al definirse como Otro, no define lo Uno: pasa a ser lo Otro cuando lo Uno se posiciona como Uno. Sin embargo, cuando no se opera esta inversión de Otro en Uno, será porque existe un sometimiento a este punto de vista ajeno. ¿De dónde viene en la mujer esta sumisión? (p.52).

Desde mi perspectiva esto expone cómo la violencia opera de manera silenciosa, ya que cuando el varón se constituye como “lo Uno”, convierte a la mujer en “lo Otro” sin necesidad de justificarlo. Esto es una forma de violencia profunda, porque despoja a las mujeres de la posibilidad de ser un sujeto pleno y legitima su subordinación como hecho inevitable.

Una de las formas más eficaces de la dominación patriarcal consiste en presentar la desigualdad como si no fuera una privación, sino un orden natural al que las mujeres simplemente “pertenecen”, de modo que aquello que nunca se les reconoció como propio, no aparece como algo arrebatado, ya que surge la idea de que “siempre ha sido así”. En este contexto, Simone de Beauvoir afirma que “Uno de los beneficios que la opresión ofrece a los opresores es que el más humilde de ellos se siente superior [...] De la misma forma, el más mediocre de los varones se considera frente a las mujeres un semidiós” (Beauvoir, 2015, p. 59), señalando que la subordinación femenina no solo beneficia a quienes son más poderosos, sino que ofrece un sentimiento de superioridad que asegura la permanencia del orden patriarcal.

Finalmente, el análisis de la opresión, el silenciamiento y la violencia patriarcal permite comprender que la subordinación de las mujeres no responde a hechos aislados, sino a un sistema que distribuye el poder de forma desigual y limita su afirmación como sujetos autónomos. Por ello, resulta necesario examinar uno de los fundamentos más persistentes como lo es la opresión en sus diferentes puntos. Así, el siguiente apartado abordará las principales formas de opresión en el pensamiento y en la organización social.

1.1 La opresión

La opresión es una estructura persistente; que organiza las relaciones sociales, se trata de un orden que delimita las posibilidades de acción de quienes ocupan esta posición subordinada, en

este caso, las mujeres. Desde la perspectiva existencialista de Simone de Beauvoir, la opresión debe comprenderse como una cuestión que afecta tanto al ser como a la dimensión ética del sujeto. Como señala López Pardina en su análisis de *El segundo sexo*, el ser humano es libertad y trascendencia, por ello cuando estas no son permitidas aparece una degradación más profunda. En este sentido, Pardina (2014) afirma:

Cada vez que la trascendencia recae en inmanencia hay degradación de la existencia en “en sí”, de la libertad en facticidad. Esta caída es una falta moral si es consentida por el sujeto; si le es infligida, se convierte en frustración y opresión. En ambos casos es un mal absoluto (p. 59).

Esta distinción permite comprender que la opresión de las mujeres no es elegida sino socialmente impuesta. Las normas culturales y las representaciones simbólicas configuran un orden que limita de manera sistemática la libertad femenina. La opresión no opera únicamente mediante prohibiciones explícitas, sino condiciona expectativas, define roles y restringe la proyección de las mujeres, dificultando su afirmación como sujetos autónomos.

Así entendida, la opresión es producto de una organización histórica que genera jerarquías, la subordinación femenina se consolida cuando esa estructura es justificada, lo que exige analizar los discursos biológicos, psicoanalíticos y materialistas que han intentado justificarla. En el siguiente apartado examinaré cómo la biología ha funcionado como uno de los principales mecanismos de legitimación de la opresión, desplazando su carácter histórico y estructural hacia el terreno de lo que parecería ser natural.

1.1.1 La biología como forma de opresión a la mujer

La opresión tiene otro modo para aplicarse, funciona en la manera que se ha interpretado históricamente la reproducción. Beauvoir muestra que la filosofía y la ciencia siempre han mostrado la diferencia de sexos a partir de una oposición entre pasividad y actividad, en la que se le asigna la primera a la mujer, así la mujer ha sido concebida como materia inerte que recibe la forma masculina, idea que atraviesa desde Aristóteles hasta la Modernidad; incluso, cuando los avances científicos reconocen el papel activo del óvulo (Beauvoir, 2015), la lógica de que la mujer siempre es lo pasivo se reformula, pues “los hombres intentaron contraponer su inercia y la agilidad del espermatozoide” (Beauvoir, 2015, p. 73).

Simone de Beauvoir advierte que la función biológica de gestar y parir no constituye un principio normativo capaz de determinar un destino social. Que las mujeres hayan sido históricamente posicionadas al ámbito del hogar no responde a una necesidad natural. Por ello afirma que “Sería un atrevimiento deducir de esta evidencia que el lugar de la mujer es el hogar; pero hay gente muy atrevida” (Beauvoir, 2015, p. 77). Lo más problemático de esto no es simplemente un error de interpretación ni una comprensión deficiente de la biología, es una lectura interesada de la realidad que busca legitimar un determinado orden social, así el mecanismo consiste en transformar una posibilidad biológica en un mandato.

De este modo, la biología se convierte en un argumento que justifica la asignación desigual de roles. Determinados comportamientos atribuidos a las mujeres dejan de verse como opciones y pasan a considerarse deberes. No bastando con ello, la sexualidad es interpretada desde la lógica de la dominación, es decir no se piensa como un encuentro entre dos iguales, sino como una relación de propiedad.

Aquí emerge un punto problemático, la configuración simbólica de los sexos como desiguales en su relación. En sus palabras: “Provocadora o consintiente, siempre es él el que toma:

ella es tomada” (Beauvoir, 2015, p. 84). Esta formulación evidencia cómo la actividad se asocia estructuralmente al hombre y la pasividad a la mujer.

Por ello no se limita al ámbito sexual, se proyecta una imagen más amplia de disponibilidad femenina que atraviesa distintos espacios de la vida. La mujer es pensada como quien recibe, mientras el varón encarna la decisión. La biología no explica esta diferencia, ciertos rasgos biológicos son interpretados para justificar una organización jerárquica. Así, se naturaliza una estructura en la que la mujer no es reconocida plenamente como sujeto autónomo.

La fragilidad no es negativa por naturaleza ni implica que el cuerpo femenino esté defectuoso o condenado, el problema no es el cuerpo en sí, sino su instrumentalización como argumento para fijar límites sobre hasta dónde puede llegar una mujer. Simone de Beauvoir sostiene que el cuerpo no es una cosa fija ni una realidad cerrada que determine por completo el destino de una persona. En su obra afirma que “la biología no es suficiente para ofrecer una respuesta a la pregunta que nos ocupa: ¿por qué la mujer es Alteridad?” (2015, p. 99). Con ello pone en duda la idea de que la desigualdad pueda explicarse exclusivamente a partir de datos biológicos.

1.1.2 La opresión a la mujer desde el psicoanálisis

El abordaje al psicoanálisis no introduce una forma completamente nueva de opresión, sino que refuerza argumentos ya presentes en los discursos anteriores. Simone de Beauvoir reconoce el avance del psicoanálisis al afirmar que el cuerpo es una realidad vivida por cada uno. Sin embargo, hace la aclaración “el psicoanálisis no es capaz de explicar por qué la mujer es Alteridad” (Beauvoir, 2015, p. 112).

El problema fundamental radica en que el modelo psicoanalítico toma lo masculino como

medida de lo humano. Esto se refuerza cuando, según señala Simone de Beauvoir, Freud “Se niega a enunciar la originalidad de la libido femenina: le aparecerá así necesariamente como una desviación compleja de la libido humana en general” (Beauvoir, 2015, p. 103). Y explica que la *libido* es el principio fundamental de la *vida psíquica*, definida como esencialmente del hombre.

De este modo, la mujer no aparece como *sujeto pleno de deseo*, sino como un ser que se desarrolla a partir de una limitación (Beauvoir, 2015). La llamada *envidia del pene* concepto desarrollado por Freud y retomado críticamente por Beauvoir, se explica como reacción ante una supuesta insuficiencia o carencia, en donde se presenta como algo natural la idea de que la virilidad es superior (Beauvoir, 2015).

Beauvoir cuestiona precisamente ese presupuesto, ya que la valoración del pene no surge del dato biológico, sino del poder atribuido al hombre. El propio Freud, según señala Beauvoir, admite que el privilegio del pene se relaciona con la *autoridad del padre*, aunque reconoce no poder explicar el origen de esta dominación. Por ello la niña no envidiaría el pene como un órgano, sino como un símbolo lleno de privilegios que la sociedad concede a los hombres (Beauvoir, 2015).

Para Beauvoir, el problema más grande del psicoanálisis es que no reconoce verdaderamente la libertad de la mujer, ya que, al explicar el comportamiento humano a partir del *inconsciente*, termina presentando las acciones como si estuvieran determinadas de antemano y las interpreta como resultados inevitables de las diferentes etapas del desarrollo (Beauvoir, 2015). Cuando una mujer no encaja en el modelo tradicional de lo que es la femineidad, el psicoanálisis tiende a verla como un fallo y no como una decisión consciente y si una mujer busca afirmar su autonomía, puede ser interpretada como alguien que quiere ser como un hombre, en vez de ser reconocida simplemente como un sujeto de libertad (Beauvoir, 2015).

En este sentido, como señala López Pardina (2009) en su análisis de Simone de Beauvoir, la subordinación de las mujeres debe comprenderse dentro de un orden social que limita el ejercicio de su libertad y las sitúa en una posición de inferioridad histórica, así el psicoanálisis no logra romper el pensamiento que sostiene la desigualdad entre hombres y mujeres.

El psicoanálisis contribuye a legitimar el orden patriarcal al presentar ciertas formas de subordinación femenina como fenómenos arraigados en la estructura del inconsciente, favoreciendo su naturalización en lugar de cuestionar sus condiciones históricas y sociales, así Beauvoir propone una perspectiva existencial que recupera el concepto de libertad: la mujer no está determinada únicamente por su cuerpo ni por lo que ocurre en su inconsciente, sino una persona situada en un contexto histórico que puede proyectarse más allá de sus condiciones (López Pardina, 2009). El problema no está en su *constitución psíquica*, sino en la estructura social que la define como Alteridad; por ello, resulta necesario ampliar el análisis hacia las condiciones históricas y materiales que sostienen esta subordinación.

1.1.3 Opresión y materialismo histórico

El materialismo histórico muestra un avance significativo frente a las explicaciones biológicas y psicoanalíticas, ya que sitúa la condición de la mujer en la historia. Beauvoir reconoce que la humanidad no es simplemente una realidad natural, sino histórica, y que las diferencias biológicas sólo tienen sentido dentro de una estructura social concreta. En este marco, afirma que “la conciencia que tiene la mujer de ella misma no está definida únicamente por su sexualidad: refleja una situación que depende de la estructura económica de la sociedad” (Beauvoir, 2015, p. 115). Esta afirmación permite comprender que la subordinación de la mujer es el resultado de realidades sociales que transforman diferencias del cuerpo como un pretexto para dominar.

Un argumento central, retomado por Simone de Beauvoir a partir de los planteamientos de Friedrich Engels, sostiene que la opresión surge con la aparición de la propiedad privada, ya que, en las comunidades primitivas, las tareas del hogar realizadas por las mujeres tenían un valor económico que se les era reconocido. Sin embargo, con el desarrollo de nuevas técnicas agrícolas, el poder económico pasó a manos de los hombres así la familia patriarcal pasó a cumplir el propósito de asegurar que los bienes permanecieran en la misma familia, lo que convirtió a la mujer en parte del patrimonio masculino, este proceso constituye lo que Friedrich Engels denomina *la gran derrota histórica del sexo femenino*, con lo cual se subraya que la subordinación de las mujeres tiene su origen en una transformación de la organización social (Beauvoir, 2015). Desde esta perspectiva, la opresión sería biológica, psicológica y económica.

No obstante, el materialismo histórico permite ver con más claridad que la desigualdad está relacionada con la organización profunda de la sociedad, pero no logra explicar por qué la propiedad privada llevó necesariamente al sometimiento de la mujer, para que la mujer fuera convertida en objeto de apropiación, debía existir ya una idea que la situara como *Alteridad* frente al hombre (Beauvoir, 2015).

Según mi análisis pensar que la mujer se va a liberar por entrar al mundo laboral es una visión incompleta, trabajar y tener independencia económica es importante, pero eso no resuelve todo el problema, por ello, la maternidad, la sexualidad y la vida afectiva no pueden integrarse en una lógica económica, ya que estas dimensiones involucran experiencias existenciales y culturales que exceden las relaciones de producción y las condiciones materiales de existencia. Reducirlas exclusivamente al ámbito económico implica desconocer la manera en que las normas sociales y las representaciones sobre lo femenino continúan moldeando la experiencia de las mujeres. La experiencia histórica demuestra que incluso en contextos donde la mujer participa, persisten

formas de subordinación que no se explican únicamente por la división de clases sociales. En consecuencia, para la filósofa, aunque el materialismo histórico permite comprender la dimensión económica de la opresión que se le impone a la mujer, no ofrece una explicación completa de su condición. Por ello, una vez analizadas las principales interpretaciones que explican la opresión desde distintos enfoques, resulta necesario avanzar hacia otro problema fundamental, el silenciamiento de la mujer.

1.2 Silenciamiento

En la obra no habla directamente de silenciamiento como una categoría explícita de subordinación, pero su análisis permite identificar algo muy cercano a ello. Cuando plantea que la mujer ha sido históricamente constituida como “lo Otro”, deja claro que no ocupa el lugar del sujeto que organiza el mundo, sino el de aquello que es definido por otro, por el hombre. Esto implica que la experiencia de la mujer no aparece como punto inicial de partida del discurso, sino como una realidad definida por otras voces. En ese sentido, puede entenderse el silenciamiento como el hecho de no poder ser reconocida como una voz legítima dentro de la sociedad. La mujer no está completamente callada, pero su palabra no tiene el mismo valor de autoridad que la del hombre. A lo largo de la obra Beauvoir muestra cómo la cultura, la educación, las normas y las estructuras sociales contribuyen a una forma específica de vivirse como mujer que aprende a situarse en un segundo plano. La mujer no está completamente callada, pero su palabra no tiene el mismo valor de autoridad que la del hombre.

Para comprender mejor este argumento, este apartado se dividirá en tres momentos que permitirán examinar el silenciamiento desde diferentes dimensiones presentes en la obra. No se trata de afirmar que Beauvoir formule una teoría del silencio, sino de identificar cómo su análisis de la experiencia de la mujer revela distintas formas del silencio. En primer lugar, se analizará la

infancia como origen del silenciamiento, en segundo lugar, se abordará la construcción del silencio en la juventud femenina. Finalmente, se examinará el silencio en el matrimonio, ámbito donde los roles de género se refuerzan.

1.2.1 La infancia como origen del silenciamiento

Simone de Beauvoir afirma que, “Ningún destino biológico, psíquico o económico define por sí mismo la condición femenina; es la civilización la que construye ese “producto intermedio” que se denomina mujer” (2015, p. 371). La diferencia entre niños y niñas no se presenta como una determinación natural, sino como el resultado de un proceso de formación social, la persona aún no se comprende a sí misma, ya que su forma de pensar y sentir no está organizada a partir de la sexualidad, la diferenciación surge cuando la intervención del otro comienza a situar al niño y a la niña en posiciones distintas (Beauvoir, 2015).

En segundo lugar, lo que realmente genera la desigualdad es el significado que la sociedad le da a esa diferencia. Mientras al niño se le orienta hacia la afirmación de su autonomía, a la niña se le confirma en la pasividad. La educación, los gestos cotidianos y las expectativas familiares van configurando una subjetividad femenina marcada por la necesidad de agradar, incorporándola a su forma de verse y de actuar. Así, la infancia no revela una inferioridad natural de la niña frente al niño, sino el momento en que comienza a consolidarse la estructura que convertirá a la mujer en “Alteridad”.

Como señala Beauvoir en su análisis, los relatos infantiles, las novelas de aventuras y los mitos transmiten a la niña una distribución desigual del protagonismo. El héroe que actúa viaja, conquista y transforma el mundo es casi siempre masculino; la mujer, en cambio, aparecen como seres que esperan, sufren o son rescatados. Incluso cuando irrumpen personajes sobrenaturales

como hadas o sirenas, su destino queda subordinado al vínculo amoroso o carece de autonomía propia. La niña no sólo observa esta estructura en los cuentos, sino que la confirma en la realidad: las personas que ocupan el espacio público como jefes de Estado, exploradores, artistas, líderes religiosos son hombres (Beauvoir,2015).

Beauvoir (2015) afirma:

Se convence al niño de que se le exige más porque es superior; para estimularlo en el camino difícil que le corresponde, se le insufla el orgullo de su virilidad; esta noción abstracta reviste para él una imagen concreta: se encarna en el pene; el orgullo que siente hacia este pequeño sexo indolente no es espontáneo; lo vive a través de la actitud de su entorno (p. 375).

Esta afirmación muestra con claridad que la superioridad masculina no se funda en una realidad natural inmediata, sino en una construcción simbólica reforzada por el entorno. Igualmente, la filósofa reconoce que esta dominación se reproduce en el discurso religioso, la divinidad suprema es representada como Padre, y sus mediadores en la tierra como los sacerdotes son hombres, las figuras femeninas exaltadas por la tradición como la Virgen y las santas alcanzan su grandeza a través de la sumisión y el sacrificio (Beauvoir,2015). En este marco simbólico el amor devoto, la plenitud se imagina como abandono y la renuncia se presenta como vía de elevación. De este modo, antes de comprender su significado concreto, la niña aprende que el reconocimiento se obtiene mediante la entrega de sí misma.

1.2.2 La construcción del silencio en la juventud femenina

La adolescencia marca, según Beauvoir, el momento en que la joven deja de vivirse como sujeto pleno y comienza a verse a sí misma como camino hacia un destino ya establecido. El

cambio del cuerpo no es en sí mismo el problema central, lo decisivo es el significado social que lo acompaña. Beauvoir (2015) lo expresa:

Durante toda su infancia, la niña ha sido maltratada y mutilada, pero se percibía a pesar de todo como un individuo autónomo; en sus relaciones con sus padres, sus amigos, en sus estudios y sus juegos, se descubría en el presente como una trascendencia: su futura pasividad era sólo un sueño. Una vez púber, el futuro no sólo se acerca, se instala en su cuerpo; se convierte en la realidad más concreta (p,433).

Críticamente, esto permite sostener que el silenciamiento de la joven nace de una nueva valoración social de su cuerpo. La pubertad transforma su experiencia del tiempo, mientras el adolescente se proyecta activamente hacia el mundo, ella es orientada hacia la espera. La expectativa del matrimonio convierte su futuro en algo ya definido, reduciendo el espacio de iniciativa. Este proceso se intensifica mediante la limitación del cuerpo y a través de la imposición constante del autocontrol. A diferencia del hombre, cuya libertad es permitida e incluso fomentada, la joven aprende que su conducta debe ser medida y moderada.

En mi lectura, la joven no es callada solo desde fuera, ya que aprende a callarse a sí misma, este punto es significativo, porque muestra que la opresión más eficaz no es la que prohíbe explícitamente, sino la que logra que el sujeto regule sus propios impulsos. La naturalidad de reír fuerte, contradecir, incomodar y desafiar se convierte en un riesgo social. Considero que esta interiorización es uno de los mecanismos más sutiles de subordinación, pues produce mujeres que parecen elegir la moderación cuando en realidad han sido educadas para temer las consecuencias de no practicarla y así su identidad no surge de manera totalmente espontánea.

En este punto, el silenciamiento adquiere una dimensión más compleja, ya no se trata

únicamente de contener el cuerpo, sino de que aspectos como la sexualidad, el deseo y la violencia quedan envueltos en silencio, el cual contribuye a mantener relaciones de poder. Beauvoir (2015) afirma que:

El hecho es que está condenada al secreto y a la mentira. A los dieciséis años, una mujer ya ha pasado por pruebas temibles: pubertad, regla, despertar de la sexualidad, primeros trastornos, primeras fiebres, miedo, asco, experiencias turbias; ha encerrado todas estas cosas en su corazón; ha aprendido a guardar cuidadosamente sus secretos. El mero hecho de tener que ocultar sus compresas, su regla, la entrena a la mentira (p. 464).

Esta formulación resulta decisiva, ya que Beauvoir es contundente porque muestra que el silenciamiento comienza en la experiencia más íntima del cuerpo adolescente. Aquí no se refiere simplemente a un rasgo moral, sino a un aprendizaje forzado, la mujer aprende a ocultar su propio proceso biológico. En mi lectura respecto a las ideas de la filósofa francesa, lo más problemático de esta idea es que la mentira es una consecuencia de una cultura que convierte la menstruación, el deseo y el despertar sexual en asuntos inexplicables (Beauvoir, 2015).

Como señala Ramírez Morales (2016), en su análisis sobre los significados culturales de la menstruación, este proceso ha estado históricamente rodeado de valoraciones sociales que influyen en la manera en que las mujeres perciben su propio cuerpo al asociarlo con ideas de impureza, vergüenza y limitación. Desde esta perspectiva, el silencio moldea la autopercepción, la joven aprende que existir como mujer implica no mostrarse del todo, así el resultado es una mujer que aprende a desconfiar de su propia experiencia y a expresarse solo dentro de los márgenes permitidos, el hecho de ocultar las compresas o la regla no es un gesto trivial, es una pedagogía del pudor que asocia lo femenino con lo sucio (Ramírez Morales, 2016).

1.2.3 El silencio en el matrimonio

El matrimonio aparece en Beauvoir como el destino social impuesto a la mujer, incluso cuando una mujer no está casada, se define en relación con eso, porque se prepara para ello, porque lo desea o porque es juzgada por no haberlo logrado, así el matrimonio no es simplemente una elección, sino una estructura que organiza el valor social de la mujer (Beauvoir, 2015). Beauvoir lo expresa con claridad cuando afirma que “para las muchachas, el matrimonio es la única forma de verse integradas en la sociedad” (Beauvoir, 2015, p. 543). Aquí la mujer no es reconocida como sujeto autónomo, sino como futura esposa y así se va reduciendo las posibilidades de vida a una sola opción aceptada.

Históricamente, el matrimonio no fue una relación entre iguales, sino un contrato entre hombres en el que la mujer funcionaba como objeto de intercambio. Beauvoir señala que “integrada como esclava o vasalla en los grupos familiares dominados por padres y hermanos, la mujer siempre ha sido entregada en matrimonio a determinados varones por otros varones” (2015, p. 542). La mujer no aparece como sujeto que decide, sino como algo que se transfiere. En mi opinión, esto no surge de manera natural, hoy muchas mujeres sienten que el matrimonio sigue implicando una pérdida parcial de autonomía, cambiar de apellido, adaptar su vida a la de él.

Además, Beauvoir desarrolla la distinción entre trascendencia e inmanencia para mostrar que el matrimonio refuerza una separación injusta, la mujer queda ligada al mantenimiento del hogar, aunque esta tarea pueda parecer activa, en realidad la encierra en una repetición sin progreso. Como han señalado diversos análisis feministas sobre el trabajo doméstico, este tipo de actividad ha sido históricamente invisibilizada y excluida de las formas de reconocimiento social y económico y al desarrollarse en el ámbito privado del hogar, sus tareas tienden a percibirse como una extensión *natural* del rol femenino más que como un trabajo socialmente necesario, lo que

contribuye a que permanezca fuera de los criterios tradicionales de valor y productividad (Federici, 2013).

El trabajo doméstico, se convierte en una lucha constante contra el deterioro: limpiar, ordenar, reparar lo que volverá a ensuciarse. Desde una lectura crítica, considero que aquí el silenciamiento adopta una forma especialmente sutil, su vida no produce huella histórica porque permanece confinada al ámbito privado y a tareas repetitivas y su trabajo permanece invisible. Su acción no transforma el mundo, solo lo conserva. Esa falta de proyección limita la posibilidad de reconocerse como sujeto pleno.

Finalmente, cuando el matrimonio moderno se presenta como unión libre entre individuos, Beauvoir advierte que la sociedad sigue en transición y que sobreviven antiguas estructuras, Aunque se presenta como una relación basada en la elección y la igualdad, el amor libre continúa condicionado por normas sociales que reproducen la subordinación femenina. En este punto, el silenciamiento se ve como la dependencia, el matrimonio silencia mediante un modelo que presenta la subordinación como seguridad. Así, la mujer casada no solo asume un rol, sino que aprende a justificarse en él, cerrando el círculo del silencio que comenzó en la infancia y que ahora se consolida como destino social (Beauvoir, 2015).

1.3 Violencia Patriarcal

La violencia patriarcal, desde mi análisis no se trata de algo raro que ocurre de vez en cuando, sino que forma parte del funcionamiento normal y cuando la desigualdad se presenta como natural, cualquier resistencia de la mujer puede ser percibida como desvío y rebeldía, justificando así su corrección y castigo. Un punto central en el análisis de Beauvoir es que el cuerpo de la mujer ha sido históricamente organizado por estructuras sociales que lo subordinan a las expectativas de

los hombres. En ámbitos como la maternidad, la sexualidad o la prostitución, el cuerpo femenino aparece definido en función de la reproducción, el deseo masculino o el intercambio económico.

Desde mi perspectiva, un segundo punto importante es cuando la violencia patriarcal se reproduce incluso a través de figuras que aparentemente no encarnan el poder, mediante instituciones que se presentan como necesarias. Esto permite comprender que la violencia no es únicamente un acto individual, sino una estructura que atraviesa generaciones y que se ve en la educación, en la sexualidad y en las relaciones afectivas y sexuales. Como muestra Simone de Beauvoir, la madre puede transmitir normas que limitan a la hija, el inicio sexual puede vivirse bajo patrones de desigualdad, la prostitución puede hacer permanente la disponibilidad del cuerpo de la mujer.

1.3.1 Maternidad y violencia patriarcal

Desde Beauvoir, la maternidad aparece históricamente como el destino *natural* de la mujer, la autora desmonta esta naturalidad al mostrar que la función reproductiva de la mujer no está regida únicamente por la biología, sino por decisiones sociales, morales y políticas (Beauvoir, 2015). Desde una lectura de Beauvoir, la violencia patriarcal se manifiesta aquí como apropiación que se hace del cuerpo de la mujer, ya que presenta la maternidad como vocación sagrada, pero se le niega a la mujer el control a su capacidad de procrear (Beauvoir, 2015). La filósofa analiza cómo la prohibición del aborto, junto con la condena moral, expone a las mujeres a condiciones de riesgo. En este sentido, puedo concluir que la ley no suprime el aborto, sino que lo convierte en una forma de castigo, al obligar a las mujeres a enfrentarlo en condiciones de riesgo, clandestinidad y sanción social.

Puyana Villamizar (2008) muestra cómo esa identificación entre mujer y madre sigue

existiendo en contextos latinoamericanos actuales. A partir de relatos de mujeres campesinas colombianas, la autora evidencia que la maternidad organiza el ciclo vital de la mujer desde la infancia y determina lo que se espera de la mujer. Puyana demuestra cómo esta idea se expresa prácticas concretas, como la restricción educativa, trabajo doméstico precoz y hacer parecer natural el sacrificio.

Este planteamiento resulta especialmente fuerte porque lleva el debate filosófico a una verificación más práctica. Sin embargo, la autora del artículo evidencia con claridad el peso determinante en lo simbólico, el análisis se centra en contextos rurales, lo que podría dar la impresión de que dicha identificación es más intensa en esos sectores. Sería pertinente ampliar la mirada para ver cómo esta misma lógica también está presente en espacios urbanos y profesionales, donde la presión hacia la maternidad aparece de forma más sutil, pero sigue marcando lo que se espera de las mujeres. De este modo, Puyana no solo dialoga con Beauvoir, sino que abre la necesidad de actualizar el análisis a las configuraciones sociales.

Por ello, según mi análisis, cuando la maternidad es impuesta como destino social y no asumida como una elección libre, se convierte en una de las formas más eficientes de la violencia patriarcal. No se cuestiona la maternidad en sí misma, sino la estructura social que reduce a la mujer a su función reproductiva y presenta la biología como un destino.

1.3.2 La violencia desde el inicio de la sexualidad

El análisis de Beauvoir permite comprender que el inicio de la vida sexual de la mujer implica un punto donde se presenta la violencia patriarcal. La autora afirma que la penetración aparece descrita como ruptura y no como continuidad del deseo propio, lo que revela que el cuerpo de la mujer ha sido previamente configurado como territorio disponible (Beauvoir, 2015).

Polémicamente Beauvoir (2015) afirma:

En cualquier caso, hasta con el hombre más deferente y cortés, la primera penetración siempre es una violación. Porque deseaba caricias en sus labios, sus senos, porque quizá desea entre sus piernas un placer conocido o adivinado, un sexo masculino desgarrar a la joven y se introduce en regiones a las que no había sido llamado (p. 492).

Puedo decir que no está reduciendo toda experiencia a una violación de forma literal, sino que la estructura social ya pone a hombres y mujeres en posiciones desiguales. A partir de este análisis, es necesario cuestionar la narrativa romántica que da por natural el hecho llamado “momento de la primera vez” como un ritual inevitable para la mujer. Cuando la iniciación sexual femenina se vive con miedo o dolor no se debe únicamente a un destino anatómico, sino a la forma en que la cultura ha inscrito la desigualdad en el modo mismo de vivir el deseo (Beauvoir, 2015).

Cerretti y Guzmán (2018) permiten comprender mejor estas diferencias al estudiar cómo hombres y mujeres viven las relaciones amorosas y sexuales durante la adolescencia, las autoras muestran que la experiencia sexual no se desarrolla de la misma manera para ambos géneros, la primera experiencia sexual no ocurre en un vacío, sino dentro de un conjunto de normas culturales que influyen en cómo cada persona entiende su propio deseo y su comportamiento dentro de la relación. En esta misma línea, Beauvoir señala que la mujer suele ocupar una posición pasiva dentro del encuentro sexual, mientras que al hombre se le atribuye un papel activo: “En todo caso, se siente pasiva: es acariciada, penetrada, sufre el coito, mientras que el hombre participa activamente” (Beauvoir, 2015, p. 494).

Desde mi perspectiva, el inicio sexual es una experiencia que es atravesada por aprendizajes en la sociedad sobre lo que significa ser hombre o ser mujer. Cuando la cultura espera

que los hombres demuestren su masculinidad a través de la actividad sexual y que las mujeres mantengan una actitud acatada, se crean condiciones de desigualdad para vivir esa experiencia. Por ello, considero que reflexionar sobre estas diferencias permite cuestionar la idea de que la primera relación sexual ocurre de manera espontánea, pues esta se encuentra mediada por normas sociales que moldean el deseo y la forma en que cada persona se relaciona con su propio cuerpo.

Para concluir, Beauvoir muestra que la violencia patriarcal opera en el acto físico, el lenguaje y las representaciones que lo rodean. El vocabulario erótico masculino revela que el acto sexual se imagina como guerra y dominio, como afirma la autora “Cuando hablan de relaciones amorosas, los más civilizados aluden a conquistas, ataques, asaltos, asedios y defensas, derrotas, capitulaciones, calcando claramente la idea de amor sobre la de guerra” (Beauvoir, 2015, p. 483). El lenguaje sexual masculino moldea cómo se entiende el sexo, donde el placer masculino se asocia con victoria y el femenino con sometimiento, esto permite afirmar que la iniciación sexual femenina ocurre en un lenguaje cargado de metáforas de guerra ya marcado por la desigualdad, ya se ha definido quién actúa y quién es tomada.

1.3.3 La violencia desde la mirada de la prostituta

Desde la crítica de Simone de Beauvoir, la prostitución no aparece como una decisión personal, sino como una práctica interpretada socialmente en relación con la transgresión de normas y valores, señala que el matrimonio burgués es presentado como una institución necesaria para preservar la estabilidad familiar y que, como consecuencia, se sostiene la existencia de la prostitución. La autora plantea que hay una estructura que organiza la sexualidad femenina en dos figuras complementarias: la esposa y la prostituta, mientras la esposa es llenada de respeto a cambio de su fidelidad, la prostituta es vista como territorio disponible para el consumo de cualquier hombre (Beauvoir, 2015). Esta división de la que habla la filósofa clasifica a las mujeres

en categorías sociales distintas y distribuye de manera desigual el reconocimiento que se les da.

Beauvoir (2015) señala:

la existencia de una casta de «mujeres perdidas» permite tratar a la «mujer honrada» con el respeto más caballeresco. La prostituta es un chivo expiatorio; el hombre se libera con ella de sus bajos instintos para renegar de ella a continuación (p. 714).

De este modo, ambas figuras, participan de una misma lógica, la apropiación del cuerpo de la mujer bajo formas de acuerdo diferentes, en la prostituta la violencia se manifiesta en la manera en que se ha naturalizado socialmente el reducir su existencia a solo cumplir los deseos sexuales de los hombres. La violencia simbólica funciona cuando la sociedad la señala como culpable cuando en realidad, responde a una organización económica y patriarcal más amplia.

Por otro lado, el artículo de Gutiérrez (2012), cambia la atención hacia otro aspecto del problema que es centrado exclusivamente en las mujeres prostituidas, hacia la responsabilidad social de los hombres que consumen estos servicios. La prostitución no se explica solo por la situación de las mujeres, sino por un sistema de consumo masculino que la sostiene. Desde esta perspectiva, el autor del artículo insiste en que mientras se continúe interpretando la prostitución únicamente como una actividad personal o privada, se invisibiliza el papel decisivo que desempeñan los hombres como consumidores dentro de este sistema (Díez Gutiérrez, 2012).² Desde mi perspectiva, el hecho de que la mayoría de las personas prostituidas sean mujeres,

² El artículo muestra que los datos en este estudio permiten dimensionar el alcance estructural de este fenómeno. Diversas investigaciones citadas por el autor muestran que aproximadamente el 90 % de las personas que ejercen la prostitución son mujeres, el 3 % son hombres y el 7 % son personas transexuales, lo que evidencia la fuerte dimensión de género que atraviesa esta práctica. Además, se estima que el 87 % de las mujeres que ejercen la prostitución son migrantes, procedentes principalmente de América Latina, África y Europa del Este, lo que revela también la relación entre prostitución, y desigualdad económica, además alrededor del 70 % de los hombres reconoce haber pagado por prostitución en algún momento de su vida (Díez Gutiérrez, 2012).

muchas de ellas migrantes, evidencia su vínculo con la precariedad económica y la falta de oportunidades.

Finalmente, la filósofa muestra que la figura de la prostituta expone la diferencia estructural que atraviesa las relaciones de género, mientras unos acceden al placer como derecho, otras son situadas como medio para garantizarlo (Beauvoir, 2015). Desde Beauvoir, la prostitución es una consecuencia de la organización social de la sexualidad, donde el cuerpo de la mujer se convierte en objeto de uso e intercambio. En este sentido, permite comprender que la prostitución no solo afecta a quienes la ejercen, sino que pone en evidencia una lógica más amplia de desigualdad que atraviesa la vida social.

A partir del análisis realizado, se evidencia que la opresión, el silenciamiento y la violencia patriarcal constituyen mecanismos fundamentales en la construcción de la mujer como lo Otro dentro del pensamiento de Simone de Beauvoir. En este sentido, las categorías de opresión, silenciamiento y violencia patriarcal servirán como herramientas teóricas para analizar los cuentos seleccionados de Mariana Enríquez y examinar cómo estas formas de dominación se representan en el ámbito narrativo.

2. Entre el miedo y la opresión: representaciones de la violencia patriarcal en *Las cosas que perdimos en el fuego*

En este segundo capítulo se va a analizar las representaciones narrativas de la opresión, silenciamiento y violencia patriarcal hacia las mujeres en la obra *Las cosas que perdimos en el fuego* de Mariana Enríquez (2016). El análisis se centrará en dos cuentos: *Tela de araña* y *Las cosas que perdimos en el fuego*, la elección de estos cuentos dentro del corpus general obedeció a que estos permiten examinar distintas formas en que las dinámicas de dominación se manifiestan en la vida de las mujeres.

A continuación, el capítulo se organiza en cuatro apartados. En el primero, se examinan las distintas formas de opresión que atraviesan la vida de las protagonistas, atendiendo a las relaciones de poder que estructuran sus experiencias. En el segundo, se analiza el silenciamiento como una práctica social que limita la expresión y el reconocimiento de las mujeres, tanto en el ámbito privado como en el público. En el tercer apartado, se abordan las manifestaciones de la violencia patriarcal, poniendo énfasis en su dimensión simbólica y material dentro de los relatos. Finalmente, el cuarto apartado se centra en Mariana Enríquez y su propuesta literaria, con el fin de situar su obra dentro de un marco literario que permita comprender mejor las problemáticas en los cuentos.

En este sentido, los cuentos seleccionados permiten observar cómo estas formas de opresión, silenciamiento y violencia patriarcal aparecen como experiencias encarnadas en situaciones concretas, cuerpos específicos y emociones cotidianas como el miedo o la resignación, así, desde una perspectiva crítica, el cuerpo de la mujer suele convertirse en un espacio de control que busca limitar su autonomía. En este sentido, la literatura se convierte en un espacio de reflexión

donde estas experiencias pueden ser cuestionadas y resignificadas.

A lo largo de los cuentos que componen el libro, Enríquez construye historias en las que el horror surge a partir de situaciones extremas. La violencia, el miedo a recorrer ciertos espacios, la vulnerabilidad y la exposición del cuerpo de la mujer a distintas formas de control aparecen como elementos recurrentes dentro de sus cuentos (Amaro, 2025). Desde esta perspectiva, las dinámicas de opresión, silenciamiento y violencia patriarcal analizadas por Beauvoir no pertenecen únicamente al ámbito teórico o filosófico, sino que se reflejan también en múltiples manifestaciones, entre ellas la literatura.

En los cuentos se muestra cómo el cuerpo de las mujeres se convierte en un espacio donde se pueden identificar las formas de dominación patriarcal y las posibilidades de resistencia frente a ellas. En este sentido, la crítica sostiene que las protagonistas de estos cuentos no aparecen únicamente como víctimas de la violencia, sino también como sujetos que cuestionan y confrontan las estructuras que las oprimen (Cuiñas, 2020). Desde mi perspectiva, esta lectura resulta particularmente relevante para comprender la forma en que la narrativa de Enríquez muestra el horror con una crítica social más amplia. Finalmente, el análisis de estos cuentos permite identificar representaciones literarias de la opresión, el silenciamiento y la violencia patriarcal.

2.1 Literatura de terror latinoamericano en Mariana Enríquez

Antes de analizar las obras, vale la pena detenerse en la literata Mariana Enríquez (Buenos Aires, 1973) es una escritora y periodista argentina reconocida por su contribución a la narrativa contemporánea latinoamericana, especialmente dentro del género del terror. A través de una escritura que combina elementos del horror con la crítica social, Enríquez construye relatos en los que lo inquietante se entrelaza con experiencias reales de vulnerabilidad, particularmente aquellas

que afectan a las mujeres. Por otra parte, su obra se inscribe en una renovación del género en América Latina, en la que lo terrorífico se aleja de lo puramente sobrenatural para vincularse con conflictos sociales y así Enríquez forma parte de una generación de autoras que utilizan el horror como una herramienta crítica, capaz de cuestionar las estructuras de poder y de representar experiencias que han sido tradicionalmente invisibilizadas dentro de la literatura (Amaro, 2025).

La escritura de Enríquez construye un tipo de horror que se origina en lo cotidiano y utiliza situaciones de la cotidianidad para introducir elementos que alteran la percepción de la realidad (Cuiñas, 2020).

Resulta pertinente situar la obra de Mariana Enríquez dentro de un contexto más amplio de la literatura latinoamericana, en el que el género del horror ha adquirido un lugar significativo de representación crítica de problemáticas sociales como la violencia, así sus relatos sitúan lo inquietante en escenarios marcados por la precariedad y la presencia de amenazas, donde el miedo se integra a la experiencia cotidiana. En este sentido, Enríquez muestra que los personajes se ven atravesados por contextos en los que el peligro no proviene únicamente de lo sobrenatural, sino también de condiciones sociales; por ello, sus cuentos articulan el terror con realidades reconocibles, permitiendo leer lo perturbador como una expresión de tensiones presentes en el entorno social (Fernández, 2022).

En este sentido, diversos análisis de su obra han mostrado como el horror funciona como una herramienta para visibilizar aquello que suele permanecer oculto en el discurso social, así su narrativa se caracteriza por articular el terror con problemáticas sociales concretas (Milagros M., 2025). Diversas investigaciones han puesto atención en temas como la representación de la violencia patriarcal, el miedo cotidiano y el uso del horror como forma de crítica social, aspectos que resultan centrales para este análisis, la crítica existente permite situar la escritura de Enríquez

dentro de un campo de reflexión más amplio, en el que la literatura funciona como una forma de cuestionamiento de las estructuras sociales contemporáneas (Fernández, 2022).

2.2 Atrapada en la red

El cuento *Tela de araña* presenta una historia que muestra una relación de pareja atravesada por humillación, control y una sensación constante de inconformidad, que acompaña a la protagonista a lo largo del cuento. A través de una narración en primera persona, el cuento permite observar cómo la experiencia de la protagonista muestra el tipo de vínculo en el que se encuentra atrapada.

Este punto de vista resulta muy importante, ya que pone al lector dentro de la percepción de la protagonista, permitiendo tratar de entender sus pensamientos, emociones y temores mientras se desarrolla la historia. En este sentido, para mi análisis el título del relato, *Tela de araña*, tiene una imagen simbólica que puede entenderse con la idea de un tipo de red invisible, como las de las arañas, en la que la mujer protagonista parece encontrarse atrapada. La trama inicia principalmente durante un viaje que la pareja realiza en automóvil hacia Paraguay, un viaje que muestra un espacio donde se ponen en evidencia problemas presentes en la relación.

El cuento introduce un tercer personaje: la prima de la protagonista, cuya presencia intensifica las tensiones dentro del viaje. La interacción entre los tres no es tranquila, sino que está atravesada por desacuerdos y silencios que evidencian una dinámica inestable. La figura de la prima no solo rompe la aparente intimidad de la pareja, sino que también permite visibilizar otras formas de comportamiento frente a la violencia, ampliando así el conflicto hacia una trama más compleja de relaciones. Esta tensión se hace evidente en la forma en que el esposo descalifica a la prima.

A mi marido no le gustaba Natalia (...) Pero, además, él la despreciaba porque Natalia tiraba las cartas, sabía de remedios caseros y, sobre todo, se comunicaba con espíritus. Tu prima es una ignorante, me dijo Juan Martín, y yo lo odié, pensé en llamar a Natalia y pedirle la receta de alguna de sus pociones, pensé en pedirle un veneno incluso (Enriquez, 2016, p. 61).

Esta cita permite evidenciar cómo la presencia de la prima no solo genera incomodidad, sino que pone en tensión las percepciones del esposo, quien la descalifica desde una posición de superioridad y al mismo tiempo esto intensifica su rechazo hacia él.

Por otra parte, el cuento se sitúa en un contexto atravesado por la inestabilidad política y social, marcado por una dictadura y la presencia de autoridades como el ejército. A lo largo del viaje, estas figuras no aparecen como garantes de seguridad, sino como posibles amenazas. Este elemento resulta clave, ya que introduce miedo de los personajes haciendo que el recorrido por carretera se convierte en un espacio donde lo político y lo cotidiano se entrelazan, generando una sensación constante de duda.

Los oficiales de migraciones eran militares altos y morenos. Uno estaba borracho. Nos dejaron pasar sin darnos mayor importancia, aunque nos miraron el culo y comentaron en voz baja, con risitas. Era esperable y relativamente respetuosa la actitud: estaban ahí para dar miedo, para disuadir de cualquier desafío (Enriquez, 2016, p. 64).

A partir de este fragmento, se puede observar cómo la autoridad se presenta marcada por el abuso de poder y la sexualización de los cuerpos femeninos. Lejos de ofrecer protección, los militares generaron temor, lo que refuerza la idea de que el espacio público está atravesado por dinámicas de violencia. Finalmente, la parada nocturna en la carretera intensifica la sensación de

peligro que atraviesa todo el cuento. La oscuridad y la incertidumbre refuerzan que las protagonistas se encuentran en un espacio donde cualquier cosa puede suceder.

La oscuridad era total; en ese tramo la ruta no tenía iluminación. Pero lo peor era el silencio, cortado apenas por algún ave nocturna, por deslizamientos entre las plantas —ahí era casi selva, monte espeso—, por algún camión que sonaba muy lejano, que no iba a pasar a nuestro lado para salvarnos (Enriquez, 2016, p. 68).

En este punto, todo empeora cuando la prima decide irse con un hombre en un camión, lo que muestra una situación de riesgo y desestabiliza aún más a la protagonista. Este episodio evidencia las distintas formas en que los personajes enfrentan la vulnerabilidad.

Por esta razón, en los subapartados siguientes se examinarán con mayor profundidad tres dimensiones presentes en el cuento que resultan relevantes para el análisis propuesto en este capítulo. Se abordarán las formas de opresión que pueden identificarse dentro del cuento, se analizarán las dinámicas de silenciamiento de la protagonista y finalmente, se examinarán las manifestaciones de violencia patriarcal que se hacen visibles.

2.2.1 Opresión

Desde mi análisis, en el cuento *Tela de araña*, la opresión se manifiesta principalmente a través de la relación que la protagonista mantiene con su esposo, la cual se caracteriza por una dinámica de control que condiciona su comportamiento. Esta opresión se presenta a través de acciones normalizadas que la desvalorizan. En este sentido, la relación se construye desde una constante corrección que genera en ella inseguridad, como se evidencia en el cuento.

Yo quería contarle más cosas sobre mi matrimonio. Cómo Juan Martín me corregía

constantemente: si yo tardaba en servir la mesa era una inútil, alguien que «estaba ahí parada haciendo nada, como siempre». Si tardaba en elegir algo, lo estaba haciendo perder tiempo a él, siempre tan decidido y desapegado: diez minutos de duda sobre a qué restaurante ir eran una noche de resoplidos y malas contestaciones (p. 64).

Así las constantes críticas afectan su autoestima y condicionan su comportamiento, llevándola a actuar con temor a equivocarse. Desde esta perspectiva, la opresión se manifiesta en la forma en que el esposo desvaloriza el entorno y los vínculos de la protagonista, la actitud del esposo implica una crítica hacia el contexto en el que ella se mueve y esto se evidencia en cómo se expresa el esposo; “Son todos delincuentes, dónde me trajiste, ésta es tu familia. Las náuseas se me mezclaron con las lágrimas y le dije que íbamos a hablar después, que ahora se callara la boca” (Enriquez, 2016, p. 65).

Por ello, se puede observar cómo él no solo es agresivo en su manera de expresarse, sino que deslegitima los vínculos familiares de la protagonista, afectando su estabilidad emocional. Finalmente, la opresión se interioriza y afecta la percepción que la protagonista tiene de sí misma, así la constante desvalorización no solo opera desde fuera, sino que termina siendo asumida por ella, generando pensamientos de culpa, como se observa en la narración de la protagonista.

Yo no sabía manejar. ¿Por qué era tan inútil? ¿Había sido tan mimada por mi madre muerta, a nadie se le había ocurrido que tendría que solucionar cosas sola? ¿Me había casado con ese imbécil porque no sabía qué hacer ni de qué trabajar? (Enriquez, 2016, p. 68).

Así se puede evidenciar cómo la protagonista va cuestionando sus propias capacidades y responsabilizándose por su situación. Estas reflexiones evidencian una subjetividad insegura producto de una constante minimización. De este modo, la opresión no solo se ejerce desde el

esposo, sino que se reproduce en el pensamiento de la protagonista.

2.2.2 Silenciamiento

Desde mi análisis, en el cuento el silenciamiento se presenta como una de las formas más persistentes de violencia dentro de la relación de pareja, manifestándose a través de la imposibilidad de la protagonista para expresar plenamente sus desacuerdos, no implica una ausencia total del hablar, sino una restricción que la condiciona, configurando una dinámica en la que callar se convierte en una estrategia de supervivencia frente a la tensión.

En esta línea, el silenciamiento se manifiesta en la forma en que la protagonista reprime y evita expresar su incomodidad frente a las actitudes de su esposo. Este proceso refuerza su posición de subordinación dentro del vínculo. “¿Cuántos años iba a pasar así, asqueada cuando lo escuchaba hablar, dolorida cuando teníamos sexo, silenciosa cuando él confesaba sus planes de tener un hijo y reformar la casa?” (Enriquez, 2016, p. 61).

A partir de esta cita, se evidencia cómo el silenciamiento se convierte en una condición constante en la vida de la protagonista. La acumulación de emociones como el asco y el dolor contrasta con su imposibilidad de decirlas, lo que refuerza que el silencio funciona como mecanismo de adaptación. De este modo, el silenciamiento perpetúa la continuidad de una relación que le resulta insatisfactoria.

En relación con lo anterior, el silenciamiento que experimenta la protagonista puede entenderse a partir de lo planteado por Stisman en su artículo al señalar que el silencio implica una forma de exclusión en la producción de significado, en la que las mujeres no logran expresar sus experiencias desde su propia perspectiva (Stisman, 2024). La protagonista, aunque es consciente de lo que le molesta, no logra poder decirlo ni confrontarlo dentro de la relación.

En este sentido, se evidencia cuando la protagonista minimiza las acciones de su esposo, permitiendo que diferentes situaciones se acumulen sin ser cuestionadas. Este proceso muestra que, en lugar de confrontar, opta por dejar pasar aquello que la afecta. “Pero lo dejé pasar, como le dejaba pasar cada pequeñez mientras crecía en mi estómago una piedra blanca que le dejaba poco espacio al aire, a la comida” (Enriquez, 2016, p. 61).

A partir de lo que dice la protagonista, se puede interpretar que el silenciamiento acumula internamente lo que molesta. La metáfora de la “piedra blanca” representa ese peso emocional que crece progresivamente, limitando incluso funciones básicas como respirar, lo que evidencia el impacto físico del silencio sostenido. De este modo, el acto de “dejar pasar” se convierte en una práctica que perpetúa la opresión.

Esta idea se refuerza cuando la protagonista reconoce, “Yo siempre le pedía perdón, para no pelear, para que no fuera peor. Nunca le decía todo lo que me molestaba de él (...) Pero me quedé callada” (Enriquez, 2016, p. 64).

En este sentido, el artículo “La invisibilización de las mujeres en la academia” expone que, aunque disciplinas como la psicología han sido ampliamente desarrolladas por mujeres, el reconocimiento académico ha estado dominado por hombres, lo cual evidencia un sesgo de género y una exclusión sistemática de las voces femeninas (Medina Zapata, 2019). Aunque este planteamiento se sitúa en el ámbito académico, permite comprender una lógica más amplia de silenciamiento que también se manifiesta en otros espacios. En el plano personal, la protagonista ve anulada su capacidad de expresar lo que siente y, en este sentido, su experiencia refleja esa misma dinámica de invisibilización, en la que la voz de la mujer es deslegitimada, quedando atrapada en relaciones donde su experiencia es ignorada.

2.2.3 Violencia Patriarcal

La violencia se manifiesta también en efectos más profundos sobre la subjetividad de la protagonista. A lo largo del cuento, esta forma de violencia se internaliza, afectando la manera en que define el valor que le otorga a su propia vida. Por ello, el daño alcanza una dimensión psicológica y emocional que evidencia las consecuencias más extremas de estas estructuras de poder. Esto se puede evidenciar en la manera tan fuerte en la que se expresa la protagonista en varias ocasiones.

Era aburrido y yo era estúpida. Tuve ganas de pedirle a alguno de los camioneros que me atropellara y me dejara destripada en la ruta, partida como las perras que veía muertas sobre el asfalto de vez en cuando, algunas de ellas embarazadas, con todos los cachorros agonizando a su alrededor, demasiado pesadas para correr rápido y evitar las ruedas asesinas (Enriquez, 2016, p. 64).

A partir de este fragmento, se puede interpretar la crudeza de la imagen con la que se compara refleja una deshumanización de sí misma, en la que su cuerpo es percibido como desechable y vulnerable frente a la violencia. En este sentido, se muestra el impacto emocional de la situación que atraviesa y cómo estas dinámicas pueden llevar a una ruptura interna en la que la propia existencia pierde sentido.

El autor del artículo explica que muchas veces la violencia inicia con conductas aparentemente menores, como comentarios hirientes, que con el tiempo se insertan en un ciclo difícil de romper. Esta perspectiva permite comprender que lo que experimenta la protagonista hace parte de una dinámica más amplia en la que la violencia se vuelve cotidiana. Así, el cuento refleja cómo estas formas de violencia, al no ser siempre visibles, pueden avanzar hasta generar

un profundo daño emocional y psicológico, evidenciando la gravedad de este “enemigo silencioso” dentro de las relaciones de pareja (Batiza Álvarez, 2017). Así la violencia patriarcal presente en el cuento resulta pertinente considerar que la violencia de pareja es un fenómeno silencioso que puede manifestarse de múltiples formas, tanto psicológicas, emocionales, económicas o físicas que tienden a desarrollarse progresivamente dentro de la relación (Batiza Álvarez, 2017).

La violencia patriarcal alcanza uno de sus puntos más críticos cuando se articula con el contexto político, mostrando cómo el cuerpo de la mujer se convierte en un espacio de vulnerabilidad. En este sentido, no solo se expone una relación desigual, sino que amplía esta problemática hacia un escenario donde las estructuras de poder refuerzan la violencia contra las mujeres, especialmente en contextos autoritarios.

A nosotras dos iban a violarnos en los calabozos de la dictadura, noche y día; a mí me iban a picanear sobre el vello púbico, que era tan rubio como el cabello de mi cabeza, (...) y a Natalia posiblemente iban a matarla pronto, por morena, por bruja, por desafiante. Y todo porque él necesitaba hacerse el héroe y probar vaya a saber qué cosa. Él, además, la iba a tener fácil porque a los hombres los fusilaban de un tiro en la nuca y ya, no eran putos los militares paraguayos, claro que no (Enriquez, 2016, p. 67).

Este fragmento evidencia un impacto profundamente perturbador, ya que muestra cómo la violencia patriarcal se entrelaza con la violencia política para ejercer un control extremo sobre las mujeres. La protagonista anticipa el peligro e imagina la forma específica en que este recaería sobre ellas, la violencia sexual y la humillación. Ella afirma que, a diferencia de los hombres, cuya muerte es representada como rápida, las mujeres son concebidas como cuerpos sobre los cuales se puede ejercer un castigo prolongado.

Finalmente, la violencia patriarcal se revela no solo en las acciones del agresor, sino también en las transformaciones internas que experimenta la protagonista como consecuencia de esa dinámica sostenida de maltrato. A medida que avanza la historia, se evidencia un desgaste emocional que altera su forma de pensar y reaccionar.

Le contesté, furiosa, y pensé que sería fácil matarlo ahí, podía buscar un destornillador en el baúl y clavárselo en el cuello, él a mí no quería matarme, nada más quería tratarme mal y quebrarme para que odiara mi vida y no me quedaran ni ganas de cambiarla. (Enriquez, 2016, p. 70).

Este fragmento permite evidenciar que la violencia ha generado en la protagonista una respuesta límite, en la que la idea de ejercer daño aparece como una forma de escape frente a la opresión. Sin embargo, lo que resulta más significativo es la claridad con la que reconoce la intención de su agresor, no eliminarla físicamente, sino desgastarla emocionalmente hasta anular su deseo de transformar su realidad. De este modo, la violencia se configura como un mecanismo que busca quebrar la autonomía de la mujer, produciendo una forma de sometimiento.

Así el desenlace muestra una ruptura inesperada que transforma por completo la dinámica de violencia, el esposo desaparece sin dejar rastro, sin confrontación ni cierre explícito. Aunque la protagonista inicialmente reacciona con desconcierto, la situación se resuelve de manera ambigua cuando decide continuar el viaje, aceptando en silencio su ausencia. Este final resulta significativo porque no presenta una liberación consciente, sino una especie de cierre que deja abierta la interpretación. La desaparición de Juan Martín puede leerse como una forma de escape involuntario para la protagonista, quien, sin enfrentarlo directamente, queda fuera de la relación que la oprimía. Así, el cuento concluye con una sensación de incertidumbre, marcada por ese vacío que deja la figura del agresor.

A partir de este punto, el análisis se desplaza hacia otra forma de representación de la violencia patriarcal, centrada en el cuerpo como espacio de resistencia. Así en el siguiente apartado se abordará el cuento de *Las cosas que perdimos en el fuego*.

2.3 El cuerpo como territorio de resistencia

En la obra de Mariana Enríquez, el fuego no aparece únicamente como un acto de destrucción física, sino como el elemento que conecta la memoria, la violencia y la transformación social. Antes de las hogueras colectivas, el relato nos sitúa en una serie de pérdidas individuales que anticipan el estallido posterior. La chica del subte se convierte en el primer signo de esa herida ya que su cuerpo marcado por el fuego muestra una nueva forma de visibilidad, imposible de ignorar. Así, lo que se pierde en el fuego es el respeto por el cuerpo y el silencio frente al horror.

El cuento inicia con el viaje de una madre y su hija en el subte, donde aparece una mujer quien recorre los vagones pidiendo dinero mientras expone su historia. Su cuerpo completamente quemado no solo llama la atención, sino que se convierte en un testimonio vivo de la violencia que sufrió. A través de su relato, se revela que su agresor fue su propio esposo, quien intentó matarla para evitar que lo abandonara. Este momento introduce al lector en una realidad marcada por la violencia de género.

Mientras dormía, le echó alcohol en la cara y le acercó el encendedor. Cuando ella no podía hablar, cuando estaba en el hospital y todos esperaban que muriera, Pozzi dijo que se había quemado sola, se había derramado el alcohol en medio de una pelea y había querido fumar un cigarrillo todavía mojada. —Y le creyeron (Enriquez, 2016, p. 122).

A partir de esta cita puedo afirmar la forma en que esto evidencia la violencia a las mujeres, ya que no solo muestra el intento de feminicidio, sino la forma en que la versión del agresor es

fácilmente aceptada por la sociedad. El hecho de que “le creyeron” refleja que la palabra de la mujer pierde valor, especialmente cuando no puede defenderse, como ocurre en este caso mientras está hospitalizada. Así, el cuento denuncia la agresión física y a un sistema social que protege a los victimarios y silencia a las víctimas, mostrando el inicio para entender el surgimiento posterior de las hogueras como una forma extrema de respuesta.

El artículo de Rodríguez de la Vega plantea que la obra de Enriquez es una obra que renueva el género al llevarlo a espacios cercanos a la vida cotidiana. En lugar de construir el miedo desde escenarios alejados, Mariana Enríquez sitúa el horror en la ciudad y en espacios comunes, lo que hace que la violencia resulte más real (Rodríguez de la Vega, 2018).

Esta cercanía permite que problemáticas actuales muestren situaciones que el lector puede identificar fácilmente. De este modo, el miedo no proviene de lo desconocido, sino de lo cotidiano, evidenciando que el verdadero horror forma parte de la realidad social (Rodríguez de la Vega, 2018).

Por otra parte, el artículo destaca que el cuento puede entenderse como una reflexión sobre el cuerpo femenino y su relación con el poder, mostrando cómo las mujeres transforman el dolor en una forma de resistencia. En este sentido, no solo se presentan como víctimas, sino como sujetos que responden colectivamente a la violencia que han sufrido.

De alguna manera, el nuevo orden social creado por los ritos de quema de las mujeres da lugar a un grupo de brujas modernas, mujeres que quieren subvertir su destino marcado por el patriarcado y que empoderan su cuerpo a través del fuego. Es como si el fuego purificase el daño ocasionado por el orden patriarcal y permitiese a la mujer resurgir como el ave fénix desafiando al patriarcado a través de una nueva belleza tatuada a golpe de llamas

(Rodríguez de la Vega, 2018, p. 146).

Esta idea permite entender que el fuego se convierte en un acto de transformación, mediante el cual las mujeres resignifican sus cuerpos y cuestionan los modelos impuestos por la sociedad patriarcal.

2.3.1 Opresión: Entre la herida y la resistencia

En el cuento se presenta una realidad marcada por la violencia hacia las mujeres dentro de una sociedad que normaliza este tipo de situaciones. La historia se sitúa en lo cotidiano, donde poco a poco se van revelando distintos casos de mujeres que han sido quemadas por sus parejas. A través de estos relatos, el cuento configura un entorno inquietante que proviene de lo real, mostrando cómo la violencia de género forma parte de la vida diaria.

El desarrollo del cuento no solo presenta casos de violencia, sino que permite observar cómo la opresión está naturalizada dentro del entorno social. La presencia de la chica del subte genera incomodidad e indiferencia, lo que evidencia una sociedad que ha aprendido a convivir con estas realidades sin cuestionarlas. De este modo, la violencia se convierte en una manifestación de un orden social que minimiza el sufrimiento de la mujer. La manera en que los pasajeros evitan y se burlan refleja cómo la opresión también se sostiene desde lo cotidiano, a través de actitudes que invisibilizan la experiencia de las víctimas.

Nombraba al hombre que la había quemado: Juan Martín Pozzi, su marido. Llevaba tres años casada con él. No tenían hijos. Él creía que ella lo engañaba y tenía razón: estaba por abandonarlo. Para evitar eso, él la arruinó, que no fuera de nadie más. [...] Cuando ella no podía hablar, cuando estaba en el hospital y todos esperaban que muriera (Enriquez, 2016, pp. 121–122).

Esta cita permite evidenciar la opresión que viven las mujeres donde son vistas como propiedad del hombre. La decisión de “arruinarla” refleja una mentalidad en la que el agresor prefiere destruir a la mujer antes que perder el control sobre ella. Además, el ataque ocurre en un momento de vulnerabilidad, lo que refuerza la desigualdad de poder entre ambos.

Otro caso que refuerza esta realidad es el de Lucila, una modelo que es el ideal de belleza. Su vida parece perfecta, tiene una relación estable y logra ascender profesionalmente. Sin embargo, esta imagen de perfección se rompe de manera violenta, mostrando que ni siquiera aquellas mujeres que cumplen con los estándares sociales están exentas de la violencia de género. El relato evidencia cómo, detrás de una relación, se esconden dinámicas de poder que terminan en agresión extrema, lo que demuestra que la opresión no distingue clase, fama o apariencia.

Él la había quemado durante una pelea. Igual que a la chica del subte, le había vaciado una botella de alcohol sobre el cuerpo —ella estaba en la cama— y, después, había echado un fósforo encendido sobre el cuerpo desnudo. La dejó arder unos minutos y la cubrió con la colcha. Después llamó a la ambulancia. Dijo, como el marido de la chica del subte, que había sido ella (Enriquez, 2016, p. 123).

Esto permite profundizar que la violencia contra la mujer se repite como un patrón dentro del cuento. La agresión hacia Lucila reproduce el mismo mecanismo utilizado en otros casos, lo que evidencia una estructura sistemática de violencia. El agresor no solo ejerce daño físico, sino que intenta manipular la situación al responsabilizar a la víctima, repitiendo el mismo discurso que ya se había presentado anteriormente.

El desarrollo del cuento introduce un punto en el que las mujeres dejan de ser únicamente víctimas para convertirse en protagonistas dentro de su propia realidad. Este fenómeno es

analizado en el artículo donde se explica que estas prácticas pueden entenderse como formas de resistencia que surgen dentro de las mismas relaciones de poder que las condicionan. Desde la perspectiva planteada por la autora, la resistencia no se encuentra fuera del sistema, sino que forma parte de él. En este sentido, las acciones de las mujeres no pueden interpretarse como una ruptura total con el orden patriarcal, sino como manifestaciones que evidencian las dinámicas de poder que estructuran su realidad (Sánchez, 2019).

En este sentido, el artículo resulta fundamental al señalar que estas acciones pueden interpretarse como una forma de empoderamiento, pero también como una trampa del propio sistema. La autora afirma que “el hecho de que las mujeres de la historia decidan quemarse a sí mismas es un signo de subversión y empoderamiento, además, apela al significado simbólico del fuego y sostiene que este elemento podría funcionar en la narración como purificador del daño ocasionado por el orden patriarcal” (Sánchez, 2019, p. 146). Sin embargo, esta idea también se vuelve problemática cuando se observa que muchas de estas mujeres actúan desde la desesperación, especialmente aquellas que no cuentan con redes de apoyo o que han sido relegadas socialmente. De este modo, más que una verdadera libertad, lo que se evidencia es una condición en la que las mujeres, incluso al intentar resistir, continúan atrapadas en un sistema que las empuja a extremos como forma de hacerse visibles.

Esta problemática puede comprenderse con mayor profundidad a partir de lo planteado por la autora del artículo, quien retoma la idea de Simone de Beauvoir de que la condición de la mujer ha estado históricamente determinada por un sistema que la sitúa en una posición secundaria frente al hombre, limitando así sus posibilidades reales de acción (Beauvoir, 2015). En el caso del cuento, esto permite entender que las quemaduras voluntarias no representan una verdadera emancipación, sino una forma de actuar dentro de los límites impuestos por el propio sistema patriarcal. (Sánchez,

2019).

2.3.2 El peso del silencio

En este cuento se presenta a Silvina, la protagonista, quien narra la historia dando cuenta de diversos casos de mujeres que han sido víctimas de intentos de feminicidio, en los que son quemadas vivas. Como consecuencia de estas agresiones, estas mujeres cargan con las secuelas físicas y con el rechazo de una sociedad que las margina. Por ello el silenciamiento de la mujer se manifiesta como una consecuencia de la violencia que atraviesa sus vidas, en donde sus experiencias de miedo y abuso no encuentran espacios legítimos de escucha ni reconocimiento. En el cuento las mujeres son víctimas de agresiones de una cultura que minimiza e ignora lo que les ocurre. De este modo, Enriquez nos muestra que el silencio deja de ser una elección individual y se convierte en una imposición social que limita su capacidad transformar su realidad, evidenciando cómo sus voces son relegadas dentro de un contexto que privilegia la dominación del hombre.

El silenciamiento en el cuento se manifiesta como una forma colectiva de evasión frente al dolor ajeno, donde la incomodidad reemplaza a la empatía y la palabra es sustituida por el rechazo.

Cuando se iba del vagón, la gente no hablaba de la chica quemada, pero el silencio en que quedaba el tren, roto por las sacudidas sobre los rieles, decía qué asco, qué miedo, no voy a olvidarme más de ella, cómo se puede vivir así (Enriquez, 2016, p.122).

A partir de esta cita, puedo interpretar que el silencio de los pasajeros no implica indiferencia total, sino una incapacidad de enfrentar lo que ven, transformando a la mujer en un objeto de crueldad más que en un sujeto de experiencia. En lugar de generar diálogo, su presencia produce un silencio cargado de repulsión, lo que evidencia cómo la sociedad no solo calla ante la

violencia sufrida por las mujeres, sino que también contribuye a su aislamiento al no reconocerlas desde su humanidad.

Por ello, tras los intentos de feminicidio, surge una reacción inesperada: las mujeres deciden quemarse vivas como forma de protesta, lo que invita a la reflexión. En este punto surge un momento clave, Silvina y su madre se unen como ayudantes en un hospital clandestino donde cuidan a las mujeres quemadas. A partir de allí, Silvina comprende en qué consisten las hogueras (mujeres que se prenden fuego como forma de denuncia), y queda profundamente impactada, aunque no puede evitar sentirse atraída por la radicalidad de ese acto. Esto permite evidenciar no solo su asombro, sino también su miedo a convertirse en otra mujer que decida quemarse por voluntad propia.

Esta situación tiene implicaciones dentro del desarrollo del cuento. Por ello, el artículo de Laura A. Sánchez nos muestra un apartado llamado "*Las hogueras arden más allá de la ficción*" que permite profundizar el silenciamiento de la mujer, mostrando como limita su capacidad de tomar decisiones frente a la violencia que la afecta. En este sentido, el universo narrativo como la realidad social, muestra que la responsabilidad de enfrentar la violencia recae principalmente sobre las propias mujeres, mientras que el sistema que la produce permanece intacto y sin cuestionamiento (Sánchez, 2019).

Este desplazamiento implica una forma de silenciamiento más difícil, ya que las mujeres solo pueden responder dentro de las posibilidades que el mismo sistema patriarcal establece. Incluso las estrategias que parecen otorgarles la transformación de sus cuerpos muestran cómo se encuentran condicionadas por una lógica que no les permite construir alternativas verdaderamente propias (Sánchez, 2019). Asimismo, puedo afirmar que el artículo evidencia que este silenciamiento se sostiene mediante mecanismos culturales, como los ideales de belleza, las

normas sociales que dictan cómo debe ser y comportarse una mujer. Estos no solo regulan el cuerpo, sino también la forma en que las mujeres pueden ser escuchadas, limitando sus experiencias a lo que resulta aceptable.

De este modo, la autora del artículo nos dice que el paralelo entre ficción y realidad pone en evidencia que el silenciamiento es una condición persistente que atraviesa distintos contextos y se reproduce de manera casi invisible. Incluso cuando las mujeres parecen resistir, lo hacen dentro de un sistema que continúa definiendo los términos de esa resistencia, lo que revela que su voz sigue estando mediada, contenida y, en última instancia, subordinada a una estructura que dificulta la construcción de una verdadera libertad (Sánchez, 2019).

El artículo de Ixchel Marcos muestra que en este cuento de la obra de Enriquez la violencia contra las mujeres aparece como una problemática social profundamente arraigada que lleva al límite para hacer visible su brutalidad (Marcos, 2023). En ese sentido, la autora del artículo destaca que el cuento construye una relación estrecha entre lo fantástico y la realidad histórica, porque el horror no surge de lo sobrenatural en sentido clásico, sino de una violencia que ya existe en el mundo social y que se vuelve todavía más inquietante al ser narrada desde una voz que combina cercanía emocional y frialdad informativa (Marcos, 2023). Esa tensión permite comprender que el silenciamiento opera cuando la violencia se vuelve rutina o estadística, cuando las mujeres son reducidas a cuerpos sobre los que se ejerce dominio y cuya experiencia queda mediada por discursos que la distancian o la normalizan (Marcos, 2023).

En el final del cuento, el silencio se presenta como una imposición directa y como una forma de internalización de la violencia. La conversación entre María Helena, la madre y Silvina muestra cómo las hogueras dejan de ser solo una reacción desesperada para convertirse en una práctica asumida, incluso deseada. El hecho de que Silvina no escuche completamente lo que

dicen, mientras siente la furia, refleja ese quiebre interno donde la violencia deja de cuestionarse y comienza a naturalizarse. El cierre del cuento, al insinuar que Silvina podría convertirse en una *flor de fuego*, resulta profundamente crítico, pues evidencia una sociedad en la que la violencia ha penetrado tanto que incluso las víctimas terminan aceptándola como destino, sin que el sistema sea verdaderamente confrontado.

2.3.2 *Entre resistencia y sacrificio*

En el desarrollo del cuento, puedo interpretar que lo que en un inicio pudo verse como un acto de resistencia, pronto se revela como una dimensión más compleja, ya que no se trata únicamente de oponerse a la violencia, sino de transformarla y reapropiarla. De este modo, Enriquez nos muestra que el cuento sitúa a las mujeres en un escenario límite en que la opresión adopta nuevas formas a partir de las decisiones de quienes la habitan.

Esto se evidencia claramente cuando en el cuento se afirma “Las quemas las hacen los hombres, chiquita. Siempre nos quemaron. Ahora nos quemamos nosotras. Pero no nos vamos a morir: vamos a mostrar nuestras cicatrices” (Enríquez, 2016, p. 125). Según mi análisis se puede notar un cambio de lugar de las mujeres en relación con la violencia, ya que no son únicamente víctimas pasivas, sino personas que intervienen activamente sobre sus propios cuerpos.

A partir de esto, Enriquez nos permite observar que el acto de quemarse no alcanza a ser una liberación completa, sino una manera de responder que no es completamente clara. Por ello, interpretando a Enriquez, se puede analizar que, aunque las mujeres buscan apropiarse de su cuerpo y de su dolor, continúan operando dentro de la misma estructura que las ha violentado, generando dudas sobre sus efectos reales. Desde una perspectiva crítica se sugiere que incluso los actos que parecen más radicales pueden terminar reproduciendo aquello que intentan combatir, evidenciando

así la persistencia de la violencia.

A partir de la lectura del artículo de B. R. Hurtado, se comprende que la violencia contra la mujer aparece como parte de un proceso de deshumanización que atraviesa la obra de Mariana Enriquez. En este sentido, afirma que los cuentos de Enriquez se inscriben en un horizonte apocalíptico entendido no solo como fin, sino como revelación de aquello que ha sido históricamente ocultado, la normalización de la violencia contra las mujeres (Hurtado, 2022). Así, las mujeres quemadas se configuran como figuras monstruosas en tanto “revelan” una verdad social, pues el monstruo, como señala el artículo retomando a Cohen, funciona como una figura que advierte y expone lo que la sociedad intenta ocultar (Hurtado, 2022).

Asimismo, Hurtado plantea que la narrativa de Enriquez adopta un tono apocalíptico, como un proceso de desvelamiento crítico que evidencia el fracaso de las estructuras sociales frente a la violencia (Hurtado, 2022). Por ello Enriquez muestra la manera en que las mujeres, ante la violencia, recurren a sus propios cuerpos como forma de resistencia. Sin embargo, esa forma de responder intenta cambiar la violencia, pero al mismo tiempo termina repitiéndola. De este modo, el cuento no ofrece una solución, sino que evidencia la crudeza de un sistema del que es difícil escapar, donde incluso los actos de resistencia quedan atrapados dentro de la violencia.

Antes de este quiebre final, introduce una mirada perturbadora que evidencia hasta qué punto la violencia ha sido reinterpretada como “beneficio”, como cuando una de las víctimas afirma comentarios muy fuertes.

Vean el lado bueno, decía, y se reía con su boca de reptil. Por lo menos ya no hay trata de mujeres, porque nadie quiere a un monstruo quemado y tampoco quieren a estas locas argentinas que un día van y se prenden fuego —y capaz que le pegan fuego al cliente

también (Enriquez, 2016, p. 128).

Esta idea evidencia un escenario extremo en el que las mujeres solo logran escapar de ciertas violencias al convertirse en cuerpos rechazados, es decir, al perder aquello que el sistema patriarcal considera deseable. Desde una perspectiva crítica, esto refuerza la crudeza del cuento, pues muestra que la “seguridad” se alcanza únicamente a través de la autodestrucción.

En este sentido, el cuestionamiento final de Silvana introduce una ruptura fundamental dentro de esa lógica colectiva, al poner en duda la legitimidad misma de las hogueras. Cuando reflexiona: “En sí debía traicionarlas ella misma, desbaratar la locura desde adentro. ¿Desde cuándo era un derecho quemarse viva? ¿Por qué tenía que respetarlas?” (Enriquez, 2016, p. 126). Este pensamiento revela el conflicto interno de Silvana, aunque presentada como emancipadora, reproduce la misma violencia que busca combatir. Así, su duda rompe con el silenciamiento colectivo y expone una contradicción central del cuento, la resistencia, en lugar de liberar completamente a las mujeres, queda atrapada dentro de los límites de un sistema que ha logrado instalar la violencia incluso en las formas de rebelión.

3. Conclusiones

La presente investigación se planteó la siguiente pregunta: ¿De qué manera la obra *El segundo sexo* de Simone de Beauvoir representa filosóficamente la opresión, el silenciamiento y la violencia hacia las mujeres, y cómo estas categorías se reflejan en los relatos seleccionados de *Las cosas que perdimos en el fuego* de Mariana Enríquez? En coherencia con ello, el objetivo general consistió en analizar dichas categorías a partir del diálogo entre la filosofía y la literatura.

A partir del desarrollo del trabajo, se concluye de manera contundente que Simone de Beauvoir conceptualiza la opresión, el silenciamiento y la violencia hacia las mujeres como estructuras históricas y simbólicas que configuran su subordinación, mientras que los relatos de Mariana Enríquez evidencian la vigencia de estas categorías al representarlas en experiencias concretas y contemporáneas. De este modo, la investigación demuestra que no se trata de problemáticas superadas, sino de dinámicas que continúan operando en distintos niveles de la realidad social.

En cuanto a los objetivos específicos, se logró, en primer lugar, examinar las categorías filosóficas en *El segundo sexo*, identificando su carácter estructural e interrelacionado. En segundo lugar, se identificaron en los cuentos *Tela de araña* y *Las cosas que perdimos en el fuego* representaciones narrativas en las que estas categorías se manifiestan a través de relaciones de pareja, control sobre el cuerpo femenino y formas de violencia tanto visibles como simbólicas. Finalmente, se establecieron conclusiones a partir del diálogo entre ambas autoras, evidenciando que las categorías de opresión, silenciamiento y violencia patriarcal propuestas por Beauvoir encuentran representación en los cuentos de Mariana Enríquez a través de experiencias concretas

que revelan la persistencia de estas formas de dominación en la vida de las mujeres.

El principal aporte de este trabajo radica en articular el análisis filosófico con la narrativa literaria, mostrando cómo ambas disciplinas se complementan para comprender las formas de dominación que afectan a las mujeres. En este sentido, la investigación contribuye al campo filosófico al evidenciar la vigencia del pensamiento de Beauvoir, al mismo tiempo aporta a los estudios literarios al interpretar la obra de Enríquez como una representación crítica de problemáticas sociales actuales, relevantes en contextos locales y latinoamericanos, pero también extrapolables a otras realidades donde persisten estructuras patriarcales.

No obstante, este trabajo presenta ciertos límites. El análisis se centró únicamente en dos relatos específicos de la obra de Enríquez, lo que reduce el alcance de las conclusiones frente al conjunto total de su producción literaria. Asimismo, el enfoque se restringió a tres categorías analíticas, dejando por fuera otras posibles líneas de interpretación como la clase, la raza o la interseccionalidad.

A partir de estos límites, se abren perspectivas para futuras investigaciones que amplíen el corpus literario, incorporen otros cuentos o autoras contemporáneas, o profundicen en enfoques teóricos complementarios que permitan enriquecer el análisis de la violencia y la subordinación femenina. De igual forma, sería pertinente explorar comparaciones con otros contextos culturales para identificar continuidades y particularidades en la representación de estas problemáticas.

En síntesis, esta investigación demuestra que la opresión, el silenciamiento y la violencia patriarcal siguen siendo elementos centrales en la construcción social de la mujer, y que su análisis requiere un enfoque interdisciplinario que permita comprender tanto sus fundamentos teóricos como sus manifestaciones en la experiencia cotidiana.

Referencias Bibliográficas

- Álvarez, F. J. B. (2017). La violencia de pareja: Un enemigo silencioso. *Archivos de criminología, seguridad privada y criminalística*, (18), 144–151.
<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5813533>
- Amaro, L. (2025). Mariana Enriquez. *The Literary Encyclopedia*.
<https://www.litencyc.com/php/speople.php?rec=true&UID=15107>
- Beauvoir, S. de. (2015). *El segundo sexo* (A. Martorell, Trad.; 6.ª ed.). Ediciones Cátedra.
- Cuiñas, A. G. (2020). El feminismo gótico de Mariana Enríquez. *Latin American Literature Today*, 14, 1–6. <http://www.latinamericanliteraturetoday.org/es>
- Díez Gutiérrez, E. J. (2012). *El papel del hombre en la prostitución*. Igualdad.
- Enríquez, M. (2016). *Las cosas que perdimos en el fuego*. Editorial Anagrama.
- Fernández, S. B. (2022). El terror gótico latinoamericano de Mariana Enríquez como propuesta virtual en el museo Malba: una crítica social y de género. *Les Cahiers ALHIM*, (44).
<https://journals.openedition.org/alhim/11238>
- Hurtado, B. R. (2022). El imaginario escatológico de Mariana Enriquez como modo de resistencia de lo femenino en *Las cosas que perdimos en el fuego*. *ILCEA*, (48).
<https://doi.org/10.4000/ilcea.15794>
- López Pardina, T. (2009). Beauvoir, la filosofía existencialista y el feminismo. *Investigaciones Feministas*.
- López Pardina, T. (2014). La opresión de las mujeres según Simone de Beauvoir. *Sapere Aude*, 5(9), 57–68. <https://periodicos.pucminas.br/SapereAude/article/view/7181>

- Medina Zapata, A. V. (2019). *La invisibilización de las mujeres en la academia*. Universidad Surcolombiana. <https://dialnet.unirioja.es>
- Ramírez Morales, M. del R. (2016). Del tabú a la sacralidad: la menstruación en la era del sagrado femenino. *Ciencias Sociales y Religión*, 18(24). <https://periodicos.sbu.unicamp.br/ojs/index.php/csr/article/view/8669726>
- Rodríguez de la Vega, V. (2018). Desafiando al patriarcado a través del fuego: el empoderamiento de las mujeres en *Las cosas que perdimos en el fuego* de Mariana Enríquez. *Transmodernity: Journal of Peripheral Cultural Production of the Luso-Hispanic World*, 8(1). <https://doi.org/10.5070/T481039390>
- Sánchez, L. A. (2019). Resistencia y libertad: Una lectura de *Las cosas que perdimos en el fuego* de Mariana Enríquez desde las perspectivas de Foucault y de Beauvoir. *Acta Literaria*, (59), 107–119. <http://dx.doi.org/10.4067/S0717-68482019000200107>
- Stisman, A. F. (2024). Silenciamiento y toma de la palabra. *Polémicas Feministas*, 8(1), 1–16. <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/polemicasfeminista/article/view/43002>
- UN Women. (2025, March 11). *Political leadership roles in 2025: Men continue to dominate*. <https://www.unwomen.org/en/news-stories/press-release/2025/03/political-leadership-roles-in-2025-men-continue-to-dominate>
- Villamizar, Y. P. (s. f.). *La maternidad desde Simone de Beauvoir*.